



Neruda: caracolas y elegías

En julio de 1972, unos días después de su cumpleaños (68), fui a cenar a la Manquel, la casa molino que Pablo Neruda se compró en Normandía a un par de horas de París—después de obtener el Premio Nobel. Fue una cena especial, ya que el poeta embajador había llegado recién de una visita a Moscú, y traía un buen paquete de carne de oso y otro de caviar de esturión, que le habían regalado unos amigos rusos. Estaba feliz de ofrecer esa comida: era un niño grande al que le encantaba dar sorpresas. En algún momento de la tarde, pasé por el comedor de la casa y me encontré a Neruda arreglando la disposición de la mesa amplia y reconda donde íbamos a deleitarnos con eses manjares. Colocaba una copa roja en un puesto y una verde en el otro, luego las volvía a



POLI DELANO

"Cualquier cosa que cayera en sus manos podía iniciar una colección: no sólo mascarones de proa, botellas o primeras ediciones, también instrumentos raros e inservibles, insectos atrapados en acrílico, viejas llaves oxidadas, brújulas chinas".

cambiar, llevaba los platos de un lado a otro, iba diseñando la estética perfecta del mueble, los servilletas así, los cubiertos así, un verdadero cuadro y, al final en el mero centro, un nautilus de buen tamaño robado a la pequeña muestra de caracolas que lucían su gracia en diversas estantes. Todos saben que Neruda* uno de los más apasionados colecciónistas del siglo XX. Cualquier cosa que cayera en sus manos podía iniciar una colección: no sólo mascarones de proa, botellas o primeras ediciones, también instrumentos

raros e inservibles, insectos atrapados en acrílico, viejas llaves oxidadas, brújulas chinas. Pero su error fundamental recaía en las caracolas: "Me dieron el placer de su prodigiosa estructura", dice en sus memorias. Miraba entonces, complacido, su obra de arte, y me pareció que estaba muy risueño, de buen humor. Poli, felicitarme, me dijo. Pensé que se refería al resultado con la mesa, pero él se adelantó a explicar, acabo de...mear...siguió, y cuando me siento que todos deberían felicitarme. No sonaba un tanto raro todo eso, por-

que entonces yo no sabía que nuestro vate sufría de problemas prosálicos, ni que su reciente viaje a Moscú coedificó a causas médicas.

Lo último vez que vi a Neruda fue en el primer semestre de 1973. Lo visité en Isla Negra con el economista Emilio Ocampo, a quien él conocía desde niño. Lo encogulí sentado: me parece que en la biblioteca, con una pierna estirada, apoyada en un piso. Me dio la impresión de estar muy cansado, decaído, y conversamos poco. Había otras personas esperando: saludarlo y él los recibió pés separado. Al salir, me crucé con el músico Tomás Santa Cruz.

Pocos meses después en Chile se desataron las furias. El 23 de septiembre, por una gestión del embajador de Suecia, Harald Enefors, partí a Esto colmo, en un vuelo que transportaba a varios profesionales suecos que trabajaron para el gobierno de Allende. No recuerdo en qué ciudad hice escala el

avión, pero durante esa escala, uno de los suecos me comunicó la noticia: acababa de morir Pablo Neruda. Lloré, juro con Maruja, pero inmediatamente confundida no pude proporcionarme entonces los recuerdos que más tarde comenzarían a fraguarse en una serie de historias sobre un niño que camina por diversas situaciones de la vida con su "tío" Pablo: el brutal león que alucaba a mansalva, la pelea con los alemanes nazis en Cuernavaca, la poética narración de la mujer-araña, la Hormiguita comiendo hormigas sin saberlo, al son de una marimba.

Uno de los poemas de Neruda que releo siempre y que más me conmueve es la elegía que escribió en Barcelona cuando se enteró de la muerte del poeta Alberto Rojas Jiménez, uno de sus más queridos amigos de juventud. Primero se dirigió a la catedral de los navegantes, la Basílica Santa María del

"La última vez que vi a Neruda fue en el primer semestre de 1973... Me dio la impresión de estar muy cansado, decaído, y conversamos poco".

Mar, a encender un cirio en su memoria. Después, en casa, concluyó el poema que él mismo había comenzado a gastarse: "Viernes volando, sola salitria / solo entre los muertos, para siempre solo, viernes volando sin sonora y sin nombre, / sin azúcar, sin boca, sin rosales, / viernes volando".

Deben ser muchos los poetas que dedicaron elegías a la muerte de Neruda. Tengo la traducción de uno de ellos —inédito en español, me parece— escrito por su más devoto admirador de siempre, Arthur Lundquist, el poeta sueco —y académico de la lengua— que no dejó hasta obtener para él la mayor de las recompensas literarias. Entre septiembre de 1973 y mayo de 1974 escribió el largo poema elegíaco —medio centenar de páginas— que comienza así: "Estás muerto, Pablo, has muerto en Chile, un día de septiembre, que allí los, en tu país, no es otoño sino temprana primavera".

* Es escritor, autor de *Gente Solitaria*, *Este Lugar Sagrado* y otros libros.

Neruda : caracolas y elegías [artículo] Poli Délano.

Libros y documentos

AUTORÍA

Délano, Poli, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Neruda : caracolas y elegías [artículo] Poli Délano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile